



PRÓLOGO

Irás en uno de los aviones de la compañía. Estará listo y a tu disposición cuando lleguemos al aeropuerto.

Thomas Argeneau asintió con la cabeza, pero tenía toda su atención puesta en la ropa que estaba descolgando de las perchas del vestidor y metiendo de cualquier manera en su mochila.

Etienne lo observó durante un momento antes de hacerse una pregunta en voz alta.

—¿Por qué no habrá llamado mamá?

Sin respuesta para esta pregunta, Thomas hizo una mueca y negó con la cabeza. Toda aquella situación le parecía muy angustiosa. Después de haber sido una devota ama de casa durante setecientos años, Marguerite Argeneau decidió iniciar una carrera profesional. Pero en lugar de coger el camino más fácil hacia el mundo laboral, empezando por un trabajo de oficina o cualquier otro oficio trivial, ella decidió que quería ser el próximo Sam Spade, o mejor, la próxima Samantha Spade¹. La mujer, que rara vez

¹ Sam Spade es un detective de ficción, personaje creado por Dashiell Hammett. Bogart lo encarnó en la película de John Huston *El halcón maltés*. Samantha Spade es otro personaje de ficción, una agente del FBI, protagonista de la serie *Sin rastro*.

había abandonado su hogar antes, aceptó trabajar como detective privado y viajó a Europa para intentar localizar a la madre de un vampiro de quinientos años.

Si bien Thomas entendía su deseo de tener un trabajo que la ayudara a llenar el tiempo, habría preferido que hubiera escogido algo menos exótico, y sobre todo que pudiera hacer en Canadá.

—Las primeras tres semanas llamaba todas las noches sin falta, en ocasiones hasta dos veces en una misma noche. Pero luego dejó de llamar de repente. Sin duda le ha pasado algo. —Etienne hablaba entre dientes, con evidente preocupación.

Thomas echó una mirada por encima del hombro, y advirtió que su rubio primo, que se caracterizaba por ser un hombre apacible, no estaba nada tranquilo en aquel momento. Etienne caminaba de un lado a otro del pequeño vestidor con la preocupación marcada en el rostro. Este era un sentimiento que afligía a toda la familia últimamente. Hacía ya tres días que Marguerite Argeneau no se ponía en contacto con ninguno de sus parientes. Normalmente, tal cosa no sería preocupante en absoluto; pero Lissianna, su única hija, estaba en el último mes de su primer embarazo, y por eso mismo Marguerite había estado llamando con mucha frecuencia. Todo el mundo sabía que estaba dispuesta a dejarlo todo y volver a casa a la primera señal de que Lissianna estaba de parto. Esa circunstancia hacía que su silencio fuese muy inquietante.

—Thomas —Etienne dejó de andar de un lado para otro y, de manera inesperada, le tocó el brazo—, de verdad te agradezco que hayas aceptado hacer este viaje para ir a ver cómo está ella... y el resto de la familia también te lo agradece.

—Yo también me preocupo por ella. —Thomas se encogió de hombros con cierta rigidez, y luego siguió haciendo las maletas, consciente de que se había quedado muy corto al decir estas palabras.

Desde un punto de vista biológico, Marguerite Argeneau solo era su tía, pero se trataba de la mujer que lo había criado y la única madre que había conocido en su vida. La quería tanto como todos sus hijos.

— Lamento no poder ir contigo. — Etienne no podía ocultar su ansiedad, y de nuevo se puso a pasear nerviosamente de un lado para otro —. Si no tuviera ese plazo de entrega...

Thomas no hizo ningún comentario. Sabía que Etienne, igual que el resto de la familia, quería ir a buscar a la desaparecida mujer tanto como él; pero no podían abandonarlo todo de repente. Sin embargo, también sabía que todos tenían pensado seguirle en cuanto pudieran. Thomas sinceramente esperaba que eso no fuese necesario. Esperaba llegar y encontrarla sana y salva, y que ella tuviera algún absurdo motivo que explicara por qué había dejado de llamar.

El repentino timbrado de un teléfono hizo que los dos hombres se sobresaltaran, o mejor dicho, se quedaran helados. Thomas vio a Etienne sacar un móvil de su bolsillo y llevárselo al oído. Su saludo fue seguido de un breve silencio mientras escuchaba lo que le decían desde el otro lado del auricular. Al cabo de unos instantes dijo «vale», y guardó el teléfono. Luego se explicó.

— Era Bastien. Te ha reservado una habitación en el hotel Dorchester de Londres. Nuestra madre estaba hospedada allí cuando desapareció.

— ¿Londres? — Thomas fruncía el ceño —. No lo entiendo. Pensé que la tía Marguerite y Tiny estaban en Italia. Están trabajando para un tío italiano, un tal Nocci o algo por el estilo.

— Notte — le corrigió Etienne —, y tienes razón en parte, es italiano, al menos por parte de padre, pero parece que nació en Inglaterra. De modo que Marguerite y Tiny decidieron emprender la búsqueda allí.

Cuando Thomas se quedó mirándolo con incredulidad, siguió con sus explicaciones.

— Bastien se encargó de pedir un avión para nuestra madre y para Tiny, y confirma que viajaron a Inglaterra.

— Entonces está en Inglaterra, no en Italia. — Thomas hizo un gesto de extrañeza y sacó los pantalones blancos de lino que estaba metiendo en la mochila para reemplazarlos por unos vaqueros y un par de camisas de manga larga que combinaban con las camisetas que ya había guardado. Estaban a principios de otoño: las tardes ya debían de ser frescas en Inglaterra.

Cuando terminó de meter toda la ropa que pudo en la mochila, Thomas pasó el abultado equipaje por delante de su primo y salió corriendo del vestidor.

— ¿Bastien se ha puesto en contacto con Jackie? ¿Sabes si ella ha tenido noticias de Tiny? — Thomas hacía las preguntas mientras buscaba frenéticamente calcetines y ropa interior en los cajones. Jackie Morrissey era la dueña de la Agencia de Detectives Morrissey, y la jefa de Tiny y Marguerite. También era la pareja para toda la vida de Vincent, su primo.

Etienne contestó negativamente con un gruñido mientras seguía a Thomas con la mirada.

— No ha podido ponerse aún en contacto con Jackie. Vincent y Jackie también han desaparecido. Seguramente están como tórtolos en una casita apartada, disfrutando de su mutua compañía. Desde luego, cuando Rachel y yo nos unimos finalmente, nos tiramos varias semanas sin aparecer por el mundo.

Thomas asintió con la cabeza mientras embutía calcetines en la mochila. Tenía razón. Había visto a todos sus primos encontrar a sus parejas para toda la vida, y todos desaparecieron durante varias semanas... Bueno, todos menos Bastien. El director general de Empresas Argeneau decidió que no disponía de tiempo para alejarse del mundo.

Pero lo cierto era que hubiera sido mejor que lo hiciera. No había estado trabajando al ritmo habitual desde que su pareja para toda la vida, Terri, volvió con él. Los demás desaparecieron durante un mes, poco más o menos, y al regresar lograban centrarse, mantener una conversación entera sin tener que salir corriendo cada dos por tres para poder estar a solas con sus parejas para toda la vida. Al parecer, como no había podido desahogar debidamente su fogosa pasión, Bastien andaba más distraído de la cuenta. No rendía como era debido.

Thomas consideró que ya había metido demasiadas cosas a presión en la mochila y empezó a cerrar la cremallera. Imposible. Lo intentó varias veces entre gruñidos. Finalmente admitió que estaba demasiado llena, hizo una mueca y sacó la ropa interior que había metido, tras decidir que no se pondría calzoncillos hasta que comprara otros en Inglaterra.

Etienne habló con tristeza.

—Greg trató de llamar a mamá al hotel Dorchester cuando Lissianna empezó a tener contracciones, pero le dijeron que había pagado la factura y se había marchado.

Thomas asintió con la cabeza mientras al fin lograba cerrar la cremallera con dificultad. La pareja para toda la vida de Lissianna ya le había contado eso a la familia cuando fueron a la casa para hacerle compañía mientras ella daba a luz a una preciosa niña. Su especie no podía ir a un hospital, pues corría el riesgo de que los demás descubrieran su naturaleza. La mayoría de los inmortales daba a luz en casa, con la única ayuda de una partera de la misma especie; pero Lissianna le había pedido a la esposa de Etienne, Rachel, que la atendiera durante el parto. La mujer, que trabajaba en el depósito de cadáveres de la ciudad, era médico, e hizo un trabajo estupendo al ayudar a traer al mundo al último miembro de la familia Argeneau.

—Es muy raro que desaparezca de esa manera.
—Thomas acompañó sus palabras de un suspiro de alivio al ver cerrada del todo la cremallera.

Etienne asintió.

—Sí, sobre todo sabiendo que Lissianna estaba a punto de dar a luz. Me hizo prometerle que la llamaría a la menor señal de que el bebé iba a nacer.

—A mí también me arrancó esa promesa. Sospecho que hizo que todos nosotros le prometiéramos lo mismo.

Los dos hombres se quedaron callados, preguntándose qué habría podido impedirle a Marguerite Argeneau ponerse en contacto con su familia, o al menos averiguar de alguna forma cómo se encontraba su hija. La respuesta era sencilla: solo la muerte u otra razón grave, de fuerza mayor, se lo habrían podido impedir.

Thomas trató de apartar la siniestra sospecha de su cabeza. Se llevó la mochila al hombro, cogió rápidamente la carpeta que se encontraba en la mesilla de noche y se dirigió a la puerta.

—¿Estás componiendo algo? —Etienne hizo esta pregunta mientras salía de la habitación tras él.

Al oírle, Thomas pareció apretar con más fuerza la carpeta. Había crecido en un hogar muy musical. A la tía Marguerite le gustaba la música en todas sus formas, y le había inculcado esta afición a su sobrino. Recordaba con mucho cariño su niñez, cuando solía quedarse dormido arrullado por el dulce sonido de los conciertos para piano que le tocaba la buena mujer. Cuando el pequeño manifestó interés por la música, no dudó en enseñarle a tocar el piano y la guitarra. Posteriormente, el joven vampiro aprendió a tocar otros instrumentos.

Thomas tenía catorce años cuando hizo sus primeros pinitos como compositor. Por supuesto, eran piezas burdas, pero prometedoras. Lamentablemente, Jean Claude no sabía apreciar la música y menospreció su talento. No

pasó mucho tiempo antes de que Thomas decidiera ocultar sus composiciones, para evitar la gran pena que le causaban las pullas de aquel viejo cabrón. Temeroso de que sus primos tampoco supieran apreciar su talento, el muchacho también les ocultó a ellos lo que estaba haciendo. Sin embargo, la tía Marguerite, Lissianna y Jeanne Louise siempre lo supieron, y lo elogiaron cuando la música que compuso empezó a divulgarse y a gozar de popularidad a principios del siglo XIX. Se disgustaron mucho al saber que quería difundir su música de manera anónima, es decir, que se empeñaba en seguir ocultando a los demás lo que hacía. No obstante, respetaron su voluntad. O al menos creía que lo habían hecho, hasta aquel preciso momento.

—¿Quién te lo dijo? ¿Lissianna o Jeanne Louise?

—Hizo la pregunta en tono grave. Poco menos que había obligado a las dos mujeres a prometer que no dirían nada acerca de su carrera, y no le agradó en absoluto que faltaran a su palabra.

—Ninguna de las dos. Fue mi madre quien me lo dijo.

Thomas, más que sorprendido, se detuvo.

—No creerías que podrías ocultarle a ella lo que estabas haciendo, ¿verdad? —Etienne sonreía y hablaba con amable ironía—. Bien sabes que nos lee la mente a todos y está enterada de todo lo relacionado con nosotros.

Thomas hizo una mueca.

—Si lo sabe no es porque me haya leído la mente. ¿Quién crees que me enseñó a leer y escribir música? Pero me sorprende que te lo haya dicho. Bastien y Lucern no lo saben, ¿verdad?

Etienne negó con la cabeza.

—Tu reputación de holgazán inútil ante ellos está a salvo, primo. Que yo sepa, mi madre no les ha dicho nada al respecto. De hecho, me hizo prometerle que no se lo contaría. Me dijo que tú mismo lo harías cuando estuvieses preparado para ello.

Thomas asintió con la cabeza. Sintió un gran alivio al oír estas palabras, pero seguía sorprendido.

—Me pregunto por qué te lo habré dicho.

—En realidad lo hizo sin querer. Me pilló tarareando *María de las Tierras Altas* en la época en que era una pieza que gozaba de mucho éxito, y me dijo casi sin pensarlo que era tu composición que más le gustaba hasta la fecha. Yo no sabía de qué me estaba hablando, desde luego, y le pedí que me lo explicara. Lo hizo, pero luego me forzó a prometer que no diría nada.

—Y ahora estás faltando a tu promesa. —Thomas por fin sonreía—. ¿Por qué?

—No sé cuánto tiempo debo guardar el secreto. ¡Me lo dijo hace casi doscientos años, primo, y tú no has dado ninguna muestra de querer revelar en un futuro cercano que eres compositor! —Se encogió de hombros—. ¿Por qué lo mantienes en secreto?

Thomas siguió atravesando el pasillo.

—Tampoco es un secreto para todo el mundo. Por lo demás, Bastien y Lucern pensarían que no es más que un capricho, un ridículo pasatiempo, y me dirían que debería dejar de lado esas niñerías e ir a trabajar en el negocio familiar.

—Al oír esas palabras me parece escuchar a papá —dijo Etienne en voz baja.

Thomas se limitó a encogerse de hombros. Eso era, en efecto, lo que había dicho Jean Claude Argeneau. Y esas palabras le dolieron tanto, y tanto le dolía aún recordarlas pese a que había pasado mucho tiempo, que no quería por nada del mundo escucharlas de boca de Bastien y Lucern.

—Ah, ya habéis terminado. —Rachel sonrió a los dos hombres cuando llegaron al amplio salón de la casa—. Thomas, ¿esta es tu madre?

El vampiro interpelado dirigió la mirada hacia el retrato que se encontraba sobre la chimenea y asintió lentamente con la cabeza. Althea Argeneau fue una mujer her-

mosa, pero él no se acordaba de ella. Marguerite le regaló aquel retrato al óleo el día que se marchó de casa para irse a vivir solo. La pintura era el único lazo que tenía con la mujer que le dio la vida. Luego dirigió la mirada hacia el retrato que se encontraba en la pared de enfrente. Era de su tía Marguerite, y rogó al Señor que no se convirtiese también en el único contacto que le quedase con la mujer que lo había criado. Tenía que encontrarla sana y salva.

—Entonces... ¿ya no falta mucho para que pueda volver a tener un hijo? —preguntó Rachel con una sonrisa, volviendo a atraer su atención hacia el retrato de su madre muerta hacía muchos siglos.

Cuando clavó sus ojos en él y luego miró a Rachel sin comprender, Etienne le refrescó la memoria.

—Cuando Rachel y tú os conocisteis en La Discoteca, ella pensó que tú eras menor que Jeanne Louise. Tú le dijiste que estaba equivocada, y luego que tu madre quería tener más hijos, pero que tenía que esperar otros diez años, poco más o menos, debido a la ley de los cien años.

—Ah, ya. —Thomas sonrió irónicamente al recordar la conversación en cuestión. Aquel no había sido más que un comentario sin trascendencia hecho a una desconocida. No quiso contarle sus tragedias familiares en aquel momento, no quiso decirle que no había ninguna «madre» y que Jeanne Louise era solo su medio hermana, hija del *tercer* matrimonio de su padre.

El hecho era que sobre el padre de Thomas parecía pesar una maldición cuando de esposas se trataba. Todas se le morían, caso bastante extraño, teniendo en cuenta que eran inmortales. Debido a esto, el hombre se había vuelto más y más sombrío, casi amargado, con el paso de los siglos, y rehuía todo contacto verdadero con sus hijos. Desde luego, era un asunto bastante doloroso para Thomas, y prefería evitarlo. Por eso hizo aquel comentario entonces, en lugar de explicar que Jeanne Louise era solo su medio

hermana y que Marguerite Argeneau era la única madre que ambos habían conocido.

No obstante, todo parecía indicar que en aquel momento tendría que explicarse.

—Yo...

Rachel le interrumpió en voz baja, y atravesó la habitación para acariciarle un brazo dulcemente.

—Tranquilo, Etienne me contó la historia cuando nos casamos. Solo te estaba tomando el pelo. Lamento mucho haberte traído malos recuerdos.

Thomas se encogió de hombros en un intento de quitarle importancia a aquel asunto, y luego se volvió hacia la puerta.

—Tenemos que marcharnos ya. Cuanto antes me dejes en el aeropuerto, más rápido llegaré a Londres, encontraré a la tía Marguerite y todos podremos quedarnos tranquilos.



1

E

l taxista se volvió hacia ella.

—Hasta aquí puedo llegar, guapa. Son catorce libras.

Inez Urso frunció el ceño al advertir que el taxi se había detenido tres portales antes de su destino. Lamentablemente, había una larga fila de coches esperando para recoger a las personas que estaban llegando y el conductor no podía acercarse más. Sabiendo que le quedaba mucha distancia por recorrer y que tendría que darse prisa, Inez le dio el dinero. Se contuvo para no hacer una mueca de horror ante el desorbitado precio de la carrera.

«Da igual: no sale de tu bolsillo», se recordó. «El gasto corre a cargo de la compañía». Esa era la única razón por la que estaba allí. Solo una orden directa de Bastien Argeneau podía obligarla a soportar cuarenta y cinco minutos de tráfico londinense en un taxi mal ventilado y en uno de los septiembres más calurosos de la historia. Si le hubieran avisado con suficiente antelación, Inez le habría pedido a uno de los chóferes de la empresa que la llevara al aeropuerto a recoger a Thomas Argeneau. También se habría acostado más temprano la noche anterior. Pero no le habían avisado con tiempo. Bastien Argeneau, que era

el director de Empresas Argeneau y su jefe, la llamó a las cinco de la mañana, sacándola de un sueño profundo, para pedirle que recogiera a su primo en el aeropuerto. Y lo que era aún peor, había llamado apenas cuarenta y cinco minutos antes de que el avión aterrizara.

Sabiendo que ese era exactamente el tiempo que tardaría en llegar al aeropuerto desde su piso, Inez ni siquiera pudo darse una ducha o beberse una taza de té. Simplemente cogió la ropa que se había puesto la noche anterior con una mano mientras llamaba a un taxi con la otra. Abrochándose aún los botones, cogió el bolso y bajó corriendo las escaleras. Salió a la calle en el preciso momento en que el taxi se detenía frente a su edificio.

Inez no tenía muy buen aspecto en aquel momento. Sin haberse podido dar una ducha ni maquillarse, con el pelo desordenado y todavía con la ropa del día anterior, no era muy probable que lograra causarle buena impresión a nadie. Afortunadamente, no sentía la necesidad de causarle una buena impresión a Thomas Argeneau. Solo había visto a ese hombre una vez en su vida. Después de que la ascendieran al cargo de vicepresidente de operaciones comerciales del Reino Unido, lo que había ocurrido hacía ya algunos meses, viajó a Nueva York para conocer la oficina central de la compañía. Allí conoció a Thomas, o al menos lo vio. Nadie se lo presentó. Ella estaba con otros altos ejecutivos en una reunión que tuvo lugar en el despacho de Bastien, cuando Thomas entró con aire despreocupado, sin previo aviso y sin llamar a la puerta, para soltar una perorata. Habló en una jergonza que Inez casi no pudo entender, generosamente salpicada de expresiones como «joder», «tíos» y «tías».

Gracias a que había visto muchas películas, Inez se dio cuenta de que hablaba como el típico surfista californiano de los noventa. No estaba muy segura, pero sospechaba que aquellos términos habían caído en desuso y se

habían vuelto anticuados. En cualquier caso, daba lo mismo, porque él no era de California y, si no estaba equivocada, en el sur de Ontario no se practicaba mucho el surf. Decidió entonces que todo aquello era pura fachada, una pose. El tipo no era más que un joven y privilegiado haragán que había adoptado la jerga de los surfistas para intentar torpemente impresionar a las demás personas.

Al final, se supo que Bastien lo había mandado llamar para que le llevara algo a uno de sus hermanos. Thomas no era más que un recadero, se dijo, y esto confirmó la idea que se había formado de él. Era un Argeneau, pero en lugar de hacer una carrera y ocupar un cargo en la compañía, llevaba cosas de un lado a otro y hablaba como un idiota drogado.

Esto significaba, pensaba Inez entonces, que la habían sacado de la cama a las cinco de la mañana para recoger a un hombre que no tenía ninguna importancia, y que probablemente no tuviese otra razón para viajar al país que haraganear en nuevas tierras. En su opinión, no era más que un pesado insoportable.

Lamentablemente, Bastien le había pedido que lo recogiera, y él sí era alguien a quien ella quería causar una buena impresión. De modo que Inez arrancó el recibo de las manos del taxista, le dio las gracias, abrió la puerta de un golpe y se lanzó fuera del coche para correr hacia la zona de llegadas.

Tras echar un vistazo a su reloj mientras atravesaba corriendo las puertas automáticas y entraba en el edificio atestado de gente, supo que había llegado al aeropuerto cinco minutos después de la hora de aterrizaje que le había dicho Bastien. La mujer casi sintió pánico por un momento, pero luego se dijo que no era posible que el petimetre ya hubiera pasado por la aduana.

Al entrar en el vestíbulo de llegadas, se detuvo un momento para orientarse, y luego fue corriendo hacia la

hilera de puertas de cristal para dirigirse a aquella por la que Bastien le había dicho que saldría Thomas.

Inez estaba a unos seis metros de donde necesitaba estar cuando vio que se abrían las puertas y que el hombre al que debía recoger salía por ellas. Esbozó una sonrisa forzada, apretó el paso y lo llamó, jadeante aún, agitando una mano para atraer su atención.

La voz le salió tan débil que la joven pensó que no la habría oído, pero Thomas debía de tener buen oído, pues inmediatamente dirigió la mirada hacia ella. Sin embargo, siguió su camino. Hasta la vio agitar la mano, pero siguió avanzando hasta salir del aeropuerto por las puertas automáticas que se encontraban delante de su salida.

Indignada ante aquel aparente desaire, Inez empezó a seguirle. Soltó una maldición y echó a correr al verlo dirigirse a la fila de taxis que estaban esperando frente al edificio. Disculpándose a diestro y siniestro, se abrió paso a empujones entre la multitud, para dirigirse a las puertas automáticas y salir corriendo justo a tiempo para ver arrancar el taxi que había cogido el surfero.

Inez empezó a correr como una tonta detrás del taxi negro, pero enseguida se detuvo, agotada y furiosa. La incredulidad había dado paso al enfado. La habían sacado de la cama para que se dirigiera deprisa a aquel lugar, solo para que aquel idiota ignorante y maleducado se subiera a un taxi y se marchase, abandonándola allí.

—¿Necesitas un taxi, guapa?

Inez miró en torno suyo al oír la pregunta, y soltó un suspiro al ver al mismo taxista sonriente que la había llevado al aeropuerto. El hombre no había hecho más que parlotear animadamente de cosas variadas durante todo el trayecto desde el centro de Londres, donde ella vivía. No le cupo la menor duda de que tendría que volver a disfrutar de la misma animada cháchara hasta que llegaran al hotel Dorchester, donde Thomas se hospedaría.

—Lo que necesito es un té —masculló entre dientes antes de suspirar y asentir con la cabeza dirigiéndose hacia el hombre que la estaba esperando con la puerta del taxi abierta.

Inez no vio al hombre de cara delgada y pelo negro que también se estaba acercando al taxi hasta que los dos estuvieron cerca de la puerta. Sorprendida, la mujer vaciló un momento. Él no lo hizo e intentó entrar en el vehículo. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, el taxista dio un paso adelante y se paró frente a la puerta abierta. Habló con tono firme.

—Voy a llevar a la señora. Yo la traje hasta aquí, y quedé en llevarla de regreso.

El hombre no la miró, pues tenía toda su atención puesta en el conductor. Inez no supo qué le dijo, pero sospechó enseguida que le habría prometido dinero adicional, pues el taxista se apartó de improviso para dejarle entrar, cerró la puerta y se dirigió al asiento del conductor sin decir una palabra más, ni volver a mirarla siquiera.

Una vez más, Inez se quedaba mirando, boquiabierta e impotente, un taxi que se marchaba sin ella.

—¿Necesita usted un taxi, señora?

Sobresaltada, Inez miró al joven conductor que le había hecho aquella pregunta. Apretando los labios, corrió hacia él, pues no estaba dispuesta a permitir que volvieran a dejarla sin un taxi que la llevara a la ciudad. Subió al coche sin problemas en esta oportunidad, se acomodó en el asiento trasero, esbozó una sonrisa forzada y dio las gracias entre dientes mientras el taxista cerraba la puerta. Acto seguido, se relajó, pensando que realmente necesitaba una taza de té. Por desgracia, tendría que esperar hasta que llegara al Dorchester y se cerciorara de que Thomas Argeneau tuviese todo lo que le hiciera falta. Esa había sido la orden que le dio Bastien: «Recoge a Thomas, llévalo al hotel y asegúrate de que tenga todo lo que le haga falta».

Y eso era lo que haría. Se cercioraría de que Thomas Argeneau tuviera absolutamente todo lo que le hiciese falta... después de decirle cuatro frescas por cometer la grosería de marcharse sin ella. Luego podría tomarse la ansiada taza de té.

* * *

—Gracias, deje la mochila sobre la mesa. —Thomas, pese a su ansiedad, trataba de hablar con tono amable al botones que había entrado en el salón de la suite. El hombre hizo lo que le habían ordenado y enseguida se volvió, con la intención de hablarle de los servicios que ofrecía el hotel, pero él le hizo señas para que se callara.

—No necesito nada, gracias. —Dio una buena propina al hombre por acompañarlo a su suite y llevarle la mochila, y con un gesto lo instó a dirigirse hacia la puerta.

—Gracias, señor. —El botones esbozó una sonrisa abierta que enseguida se hizo más formal—. Llame a recepción si necesita algo. Pregunte por Jimmy. Yo le traeré todo lo que quiera.

—Eso haré. Gracias de nuevo.

Cerró la puerta tras el botones, se volvió y regresó al salón de su suite. Elegante, lujoso, de buen gusto... era exactamente lo que esperaba. La tía Marguerite siempre había demostrado tener un gusto muy refinado.

Acto seguido, Thomas cogió su mochila y se dirigió a la puerta que conducía a los demás aposentos de la suite, con la intención de llevarla al dormitorio. No obstante, el sonido del móvil hizo que se detuviera.

Tras volver a poner la mochila en la mesa, sacó el teléfono del bolsillo trasero y lo abrió rápidamente mientras se dejaba caer en uno de los sillones.

—¿Sí? —Sabedor de que era Bastien quien le llamaba, su tono era animado.

—¿Has llegado bien?

—Por supuesto, tío. La travesía fue estupenda.

—¿Inez no tuvo ninguna dificultad para encontrarte en el aeropuerto?

Thomas arqueó las cejas.

—¿Inez?

—Inez Urso. La llamé para que fuera a recogerte y te trajera a la ciudad.

Thomas percibió un cambio en la voz de Bastien, que parecía molesto, pero prefirió ignorarlo. Procuró repasar lo que había hecho desde su llegada a Heathrow. De repente recordó a una mujer menuda, de pelo negro, que corría por el aeropuerto agitando una mano. Thomas la vio, pero no pensó que se dirigiese a él. Etienne no le había dicho que habría alguien esperándolo allí, de modo que supuso que había ido a recoger a alguna persona que se encontraba detrás de él, y siguió andando. Pero, claro, ahora que Bastien le hablaba de Inez, se le vino a la mente aquella señorita pulcramente vestida que había conocido hacía unos meses en la oficina de su primo... No obstante, la mujer que agitaba una mano de manera desesperada en el aeropuerto aquella mañana no estaba pulcramente vestida en absoluto. Se diría que acababa de salir de la cama.

—¡Thomas! —Bastien parecía a punto de perder la paciencia—. ¿No estaba allí?

—Sí, estaba allí, pero... —De repente, oyó que llamaban a la puerta de la suite y dirigió la mirada hacia ella. Se levantó y fue a abrirla.

—Muy bien. —Bastien seguía hablando mientras Thomas abría la puerta—. Es muy eficiente por lo general, pero la desperté a las cinco de la mañana para que fuera a recogerte y pensé que a lo mejor no lograría llegar a tiempo.

—Sí, ella... —Thomas guardó silencio repentinamente al reconocer a la mujer que estaba en la puerta. Su mirada se deslizó por los rizos de pelo negro y sin vida, las

ropas ligeramente arrugadas y la cara sin maquillaje, con el ceño fruncido en evidente señal de irritación. Sí, era Inez Urso. Una muy enfadada Inez Urso, se dijo, advirtiendo el fuego que brillaba en sus ojos.

Cuando ella abrió la boca, Thomas instintivamente se llevó el móvil al pecho para impedir que Bastien oyera la diatriba que sospechaba que estaba a punto de soltarle. No se equivocó. Un aluvión de duras palabras salió de su boca sensual, carnosa y seductora y cayó sobre él. Lamentablemente, muy pocas de aquellas palabras eran inglesas. Supuso que le estaba insultando en portugués. Al parecer, el portugués era su lengua materna, y por tanto el idioma que utilizaba cuando estaba enfadada... Y no cabía la menor duda de que Inez Urso estaba enfadadísima.

En plena perorata, la irritada mujer empezó a avanzar y Thomas retrocedió automáticamente, permitiéndole entrar en la habitación. Estaba demasiado confuso, casi anonadado, como para hacer otra cosa. Le parecía fascinante que una mujer que le había parecido muy poco agradada la primera vez que la vio pudiera volverse casi hermosa cuando iba sin arreglar y estaba hecha una furia. Los ojos le brillaban, las mejillas estaban encendidas de ira y los labios se movían tan rápidamente que se volvían casi invisibles. Además, agitaba el dedo índice furiosamente bajo su nariz, algo que a él le parecía muy molesto cuando eran las mujeres de la familia las que lo hacían. Pero ahora, por alguna misteriosa razón, le pareció un gesto delicioso, encantador, y no pudo reprimir la sonrisa que asomó a sus labios.

Grave error, comprendió enseguida. A Inez Urso no le agradó lo más mínimo aquella sonrisa, y al verla la bronca se volvió aún más feroz. En ese instante recordó que tenía el teléfono contra el pecho, y que de él salía un murmullo. Bastien no parecía más contento que la feroz portuguesa.

Thomas miró el vociferante aparato con el ceño fruncido, y luego dirigió los ojos a la pequeña fiera que seguía sermoneándole, calibrando la posibilidad de hacer que saliera de la habitación el tiempo suficiente para poder hablar tranquilamente con Bastien. Pero esto no le pareció razonable, pues no sería muy educado, y la chica no admitiría nuevas descortesías. Además, la tía Marguerite no lo había educado para que acabase siendo un grosero.

Levantó una mano para pedirle que guardara silencio. Sorprendentemente, Inez obedeció esta orden, poniendo repentino fin a su diatriba. Thomas se dijo que probablemente ya se estaba quedando sin cuerda cuando le hizo el gesto. Desde luego, los ojos de la chica habían perdido parte del ardiente brillo del principio. No obstante, Inez seguía respirando con agitación, lo que hizo que el abroncado Thomas dirigiese la mirada hacia su palpitante pecho. Advirtió que con cada jadeo su blusa se tensaba hasta ceñirse a su cuerpo, amenazando con hacer saltar un botón. Miró el maravilloso pecho con tal insistencia que la respiración de la mujer se hizo aún más rápida. La miró a la cara. Sus ojos de color castaño oscuro despedían chispas de nuevo y su boca se estaba abriendo para volver a atacarlo. A Thomas le pareció perfectamente comprensible... de verdad... era de muy mala educación mirar fijamente el pecho de una mujer. La tía Marguerite también estaría cabreada con él si supiera aquello. Sin embargo, en aquel momento no tenía tiempo para disculparse debidamente ni para permitirle descargar su ira, pues la voz de Bastien seguía graznando contra su pecho.

—Espera, dame un minuto antes de ponerme como un trapo.

Inez parpadeó sorprendida al oír esta orden, pero obedeció y cerró la boca. Thomas esbozó una sonrisa de aprobación antes de girar sobre sus talones para alejarse de allí. Atravesó casi corriendo la pequeña zona de come-

dor de la suite y pasó a un diminuto pasillo en el que había dos puertas. La primera conducía a un espacioso baño de mármol y la segunda a un dormitorio. Suponiendo que el cuarto de baño tendría cerrojo, Thomas entró en él y enseguida cerró por si a la mujer se le ocurriera seguirle para terminar de sermonearle. Acto seguido, respiró hondo y se llevó el teléfono al oído.

— ¿Bastien?

— ¿Qué demonios está pasando allí?

Thomas mintió descaradamente.

— Nada, nada... esto... me senté sobre el mando a distancia y conecté el televisor sin querer. Era una película extranjera... y no sabía cómo apagarlo

— Ya, claro. — Bastien hablaba con abierta incredulidad —. ¿Cómo se llamaba la película?

— ¿Cómo se llamaba? — Thomas frunció el ceño —. ¿Cómo demonios voy yo a saberlo? ¡Qué cosas tienes!

— Pensé que a lo mejor te enteraste del título antes de apagar el televisor. Pero yo conozco la película. Parece muy interesante. Me gustó mucho el momento en que la mujer le dice al hombre que es un idiota por haberla sacado de la cama a las cinco de la mañana y hacerla ir al aeropuerto sin tiempo de ducharse ni beber siquiera una taza de té. Y todo para que al llegar, él la ignorase y saliera resueltamente del aeropuerto a coger un taxi para dirigirse al hotel Dorchester.

Thomas cerró los ojos y soltó un suspiro al recordar que Bastien hablaba varios idiomas, incluyendo el portugués.

— Joder, qué casualidad... — Bastien usaba un tono cada vez más ácido —. Es el mismo hotel en el que te hice una reserva. ¡Qué coincidencia!

— Vale, vale, no era el televisor. — Ahora era Thomas el que parecía irritado —. ¿De verdad me llamó idiota?

Al otro lado de la línea se oyó un suspiro que casi era un rugido.

—¿Cómo pudiste pasar de largo por su lado, Thomas? ¿*Por qué* lo hiciste? ¡Por el amor de Dios! La llamé para facilitarte las cosas y tú vas y...

—No me avisaste de que irían a recogerme al aeropuerto. Etienne tampoco. Solo dijo que tenías un avión esperándome en el aeropuerto y que me habías reservado una habitación en el Dorchester. Nada más. Nadie me dijo que habría alguien esperándome en el aeropuerto, de modo que yo simplemente cogí un taxi. ¿Qué coño querías que hiciera? ¿Piensas que soy adivino?

—Pero cuando viste a Inez...

—¿A Inez? Bastien, vi a esa mujer una vez, unos tres minutos, en tu oficina hace ya casi seis meses... La vi agitando la mano y corriendo hacia mí en el aeropuerto, pero no la reconocí. Pensé que estaba allí esperando a otra persona. ¿Cómo podía yo saber que había ido a recogerme si nadie me lo había dicho?

Bastien adoptó un tono conciliador.

—Vale, vale, lo entiendo. Tú no sabías que ella iría al aeropuerto.

—No, claro que no. —Thomas suspiró.

—Vale. —Hubo un momento de silencio. Al cabo de unos instantes, Bastien suspiró y siguió hablando—. Debí llamarte yo mismo para decirte que iría a recogerte. Hice mal en dar por supuesto que Etienne lo haría. Pídele perdón en mi nombre a la chica.

—¿Estás seguro de que se lo dijiste a Etienne?

Bastien replicó con voz cortante.

—¿Cómo dices? ¡Desde luego que sí!

—Claro, tú nunca cometerías un error. Eso solo lo hacen los inmortales de menos valía, como Etienne y yo.

—Ya está bien, Thomas.

—Lo que tú quieras, como siempre.

—Dejémoslo. No importa. Mira, ella está allí para ayudarte. Permítele que lo haga. Esa chica conoce Lon-

dres y es una mujer sumamente eficiente, una de nuestras mejores empleadas. Sabe cómo hacer las cosas. Precisamente por sus cualidades decidí pedirle que te ayudase.

Thomas no abandonó la ironía.

—Querrás decir que decidiste pedirle que me cuidara, ¿verdad?

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea. Bastien respiró hondo, dispuesto a dar la réplica, pero antes de que pudiera hablar, Thomas se anticipó, casi fuera de sí.

—No te preocupes. Sé que piensas que soy un inútil. Y también lo cree Etienne y cualquier otro inmortal que tenga menos de cuatrocientos años. No te preocupes. Le pediré perdón y dejaré que me ayude.

Apretó el botón para finalizar la llamada antes de que Bastien pudiera responderle y, enfadado, tiró el móvil a la encimera de mármol y se encaminó a la puerta. Ya había cogido el pomo cuando un pensamiento lo hizo vacilar. Reconcentrado, empezó a dar vueltas por la habitación.

No quería que la empleada de Bastien lo insultara de nuevo. Si bien a él le resultaba gracioso todo aquello y le parecía fascinante mirar el fuego que ardía en los ojos de la chica mientras le ametrallaba con palabras, también pensaba que sería mucho más divertido si pudiera entender algo. Además, lo cierto era que no conocía Londres, mientras que aquella mujer sí conocía la ciudad. Aunque le habría gustado buscar solo a su tía Marguerite y convertirse en el héroe del momento, lo más importante era encontrarla cuanto antes. El sentido común le decía que seguramente conseguiría hacer mucho más en menos tiempo con un poco de ayuda, e Inez era la única persona disponible para ello. Pero la buena mujer debía de estar de pésimo humor en aquel momento, y con toda la razón. Era cierto que Bastien le debía una disculpa, pero Thomas sentía que él también le debía algo. Ciertamente, no sabía que ella iría a recogerle, pero la mujer había hecho lo indecible por ha-

cerlo, y le había pagado todas sus molestias ignorándola y dejándola abandonada en el aeropuerto.

Tras dar otras cuantas vueltas por la habitación, Thomas cogió el interfono del hotel que se encontraba en la encimera de mármol del cuarto de baño. Apretó el botón para llamar al servicio de habitaciones e hizo un pedido. Acto seguido, colgó y se dirigió a la bañera. Su teléfono móvil sonó mientras ponía el tapón, pero, suponiendo que sería Bastien para darle más órdenes e instrucciones, prefirió ignorarlo. Cogió el gel de baño de la encimera, vertió una generosa cantidad del líquido en la bañera y abrió los grifos. Luego, se sentó en el borde para esperar a que se llenara.

Cansada, Inez se dejó caer en uno de los confidentes situados a ambos lados de la chimenea y miró con el ceño fruncido la mochila que estaba en la mesa, delante de ella. Aquel hombre ni siquiera se había tomado la molestia de comprar una maleta apropiada. Se estaba hospedando en un hotel de cinco estrellas, pero no le importó registrarse con una mochila. Era el único equipaje que había en la habitación, y también lo único que llevaba cuando lo vio en el aeropuerto.

Dedicó una mirada feroz a la desagradable mochila, pero enseguida se dio cuenta de lo que estaba haciendo y negó con la cabeza, cerrando los ojos, consternada. Estaba perdiendo el control. Ella, que se preciaba de no perder los estribos en ningún momento, no solo acababa de lanzar una mirada llena de odio al equipaje, sino que también había recibido al primo de su jefe regañándole como una vieja bruja e insultándole en dos idiomas diferentes. ¡Al primo de su jefe!

Santo Dios, no solo había perdido la cabeza, seguramente también perdería su trabajo cuando Bastien se enterase de lo sucedido. Era muy probable que Thomas Argeneau estuviese hablando con él por teléfono en la otra habitación en aquel preciso instante.

«Ese imbécil maleducado», pensó Inez con tristeza. Aún no podía creer que la hubiera mirado a los ojos y luego se hubiera marchado tan tranquilo para subirse a un taxi. «¿Qué clase de idiota era aquel tipo?».

Sus pensamientos se apagaron súbitamente cuando el teléfono que se encontraba en el extremo de la mesa empezó a sonar. Inez dirigió su encolerizada mirada hacia él, esperando que Thomas contestara. Sonó otras tres veces antes de que ella recordara que él tenía un teléfono móvil en la mano. Supuso que seguía hablando en otra estancia, dejó escapar un suspiro y cogió el auricular. Pero solo oyó el tono. Demasiado tarde, se dijo Inez, y colgó el teléfono encogiéndose de hombros. De todos modos, tampoco tenía que ser su secretaria. Al fin y al cabo, era la vicepresidenta de operaciones comerciales de las empresas Argeneau en el Reino Unido. Aquel señorito bien podía contestar a su propio teléfono. Y abrir la puerta, añadió mentalmente al oír que alguien estaba llamando.

Miró la puerta por la que Thomas había desaparecido, esperando que volviera a salir por ella para ir a abrir, pero no dio señales de vida.

—Servicio de habitaciones —dijo la voz grave de un hombre al tiempo que volvía a llamar a la puerta.

Inez lo pensó un momento, luego se puso de pie con impaciencia para ir a abrirla. Un botones entró en la habitación con un carrito.

—Gracias, señorita. —El hombre sonrió amablemente al pasar delante de ella—. ¿Dónde quiere usted que lo deje?

—¿Qué es eso? —Inez estaba ahora como embrujada. Su mirada se había clavado en la pequeña tetera que estaba sobre la bandeja, y se desviaba continuamente hacia la fuente de plata con tapa. Aromas deliciosos llegaban a su nariz, haciendo que sus jugos gástricos se alborotaran.

El botones, siempre sonriente, levantó la tapa de plata.

— Un auténtico desayuno inglés. Huevos, bacón, judías con salsa de tomate, salchichas, tomates fritos, champiñones, morcilla, patatas y cebollas doradas en la sartén... y una tostada.

— Un desayuno completo. — Inez hablaba con reverencia, en voz baja, recorriendo la comida con la mirada una y otra vez, hasta que el botones volvió a tapar la fuente.

— ¿Dónde debo dejarlo?

Inez negó con la cabeza, impaciente. No sabía dónde querría Thomas que lo pusiera, pero ella sí sabía dónde quería meter todo aquello: en su estómago. Y cuanto antes. Dios santo, llevaba en pie desde mucho antes del amanecer, y no había desayunado. Le daban ganas de llorar al ver aquel festín tan cerca sin poder tocarlo; pensar en aquella comida la hacía gemir por dentro. Se estaba muriendo de hambre y habría podido matar por una taza de té... pero no le cabía la menor duda de que todo aquello era para Thomas. Y seguramente iba a comérselo delante de ella...

— Ah, estupendo, ya está aquí.

Inez y el botones se volvieron hacia Thomas Arge-neau y lo vieron entrar en la habitación. El botones sonreía, Inez no. Lo miró con evidente disgusto. Si el muy cretino se hubiera retrasado solo un minutito más, al menos habría tenido tiempo de probar una salchicha.

— Tráelo aquí, por favor... Jimmy... Ese es tu nombre, ¿verdad?

— Sí, señor. — El botones sonrió y enseguida lo siguió con el carrito.

Inez soltó un suspiro al ver la comida alejarse. Le habría gustado tomar al menos un sorbo de té, pero cuando hizo el pedido aquel hombre ni siquiera se molestó en pensar en ella. Solo había una taza de té en el carrito.

El botones interrumpió sus pensamientos al regresar a la habitación donde ella se encontraba. El hombre le sonrió

de oreja a oreja y le deseó un buen día mientras se dirigía a la puerta para marcharse.

Inez lo miró con el ceño fruncido. ¡Claro! El maldito botones estaba contento porque seguro que había desayunado. Y a lo mejor Thomas le había dado una muy buena propina.

— ¡Inez!

Ella dirigió su mirada de resentimiento hacia la puerta abierta que conducía al resto de la suite.

— ¿Sí?

— Ven aquí, por favor.

La chica frunció el ceño al oír esta petición y vaciló un momento. ¿Ven aquí? ¿Adónde quería que fuese? ¿A su dormitorio? Con la suerte que tenía, aquel hombre lo mismo era un perverso que pensaba que una de sus obligaciones como empleada de Empresas Argeneau era «atender» sexualmente a los miembros de la familia.

— Eso no va a pasar — masculló, airada, para sí.

— Por favor, ven. — El tono de Thomas no parecía, sin embargo, el de un violador ni nada por el estilo.

Levantando los brazos en señal de exasperación, Inez se dirigió a la puerta. Iría a ver qué quería aquel hombre, pero si intentaba propasarse lo más mínimo...

La joven atravesó la puerta para entrar en lo que ella había creído que era el dormitorio, y descubrió que en realidad era un comedor. No obstante, ni Thomas ni la comida estaban allí. Esto hizo que aumentaran sus sospechas respecto a las intenciones del hombre. Tras atravesar el comedor, entró en un pequeño pasillo que conducía a otras tres puertas. Thomas la estaba llamando desde la habitación que se encontraba a la derecha.

Inez entró en el cuarto de baño de mármol. Vio el carrito de comida y la bañera rebosante de burbujas. Un instante después, Thomas la obligó a coger un montón de toallas.

—Aquí tienes, disfrútalo.

Inez parpadeó confundida ante el suave y esponjoso montón de toallas que tenía en las manos, y luego se volvió hacia la puerta por la que él estaba saliendo.

—¡Espera! —Dio un paso para seguirlo—. ¿Qué es todo esto?

Thomas volvió hacia ella con la sorpresa marcada en el rostro.

—¡Es evidente!

Inez frunció el ceño y entrecerró los ojos al volver a considerar la posibilidad de que aquel hombre fuese un perverso. ¿Acaso pensaba sobornarla con comida y un baño para que luego se entregara a él?

—¿Evidente? Es mejor que me lo expliques.

Thomas se quedó mirándola un momento.

—Bastien olvidó decirme que alguien me estaría esperando en el aeropuerto, y por eso cogí un taxi. Me ha contado que te sacó de la cama a las cinco de la mañana, y que tú me dijiste que tuviste que correr para llegar al aeropuerto a tiempo, y no pudiste siquiera tomar una taza de té ni darte una ducha. —Sonrió con cierto aire apesadumbrado—. Bastien me ha pedido que te presente sus disculpas. Y así lo hago, como es natural. Bastien siente mucho lo sucedido.

Inez aceptó la disculpa con un gesto y, al mismo tiempo, asintió con la cabeza para agradecerla. Él señaló la bañera llena y el carrito de comida.

—Por otro lado, esto es la disculpa que yo te ofrezco. Métete en la bañera, desayuna, tómate tu té... y cuando te sientas mejor, sal para que podamos empezar a trabajar.

—¿A trabajar?

—Iremos a buscar a tía Marguerite. —Al ver la perplejidad que se dibujaba en la expresión de su rostro, decidió dar más explicaciones a la joven—. Bastien me dijo que te había pedido que me ayudaras, que tú conocías la

ciudad y... —Se quedó en silencio de repente, farfulló algo que ella no pudo oír bien acerca de Bastien y su repentina mala memoria, y luego soltó un suspiro y siguió explicándose—. Mi tía Marguerite ha desaparecido. Vino a Inglaterra hace cosa de tres semanas, se hospedó en el hotel Dorchester durante un par de noches y luego se dirigió al norte del país. Tiny y ella estaban investigando... Bueno, eso no tiene importancia. Lo más importante es que estuvo viajando por toda Inglaterra durante sus primeras tres semanas aquí, y luego volvió a hospedarse en el Dorchester una noche. Parece que a la mañana siguiente pagó y se marchó del hotel, pero no sabemos adónde fueron Tiny y ella después, y ninguno de los dos se ha puesto en contacto con nosotros desde entonces. Total, que he venido a buscarla.

Inez estaba asombrada. Respondió lentamente.

—Entiendo.

—Bastien me dijo que quería que tú me ayudaras, así que pensé que podíamos empezar por llamar a todos los hoteles para ver si, por alguna razón, se mudaron a otro. Si no da resultado, llamaremos a las agencias inmobiliarias, a las estaciones de tren, donde sea, para tratar de encontrar alguna pista que nos revele adónde han ido.

—Ya... —Inez no sabía a qué carta quedarse.

—Vale... Bueno, no pienses en eso ahora. Disfruta de tu baño. Después hablaremos. Y no tienes que darte prisa. Voy a echarme una cabezada en el sofá del salón. Tómame todo el tiempo que quieras. —Empezó a cerrar la puerta de nuevo, pero se detuvo más para hundir el botón de la cerradura. De esta manera, la puerta quedaba cerrada, impidiéndole entrar allí de nuevo.

Inez se quedó mirando fijamente la puerta cerrada durante un buen rato, con la bata y las toallas apretadas contra su pecho. Su mente se había quedado en blanco. Bueno, en realidad no. Miles de pensamientos y sentimien-

tos se arremolinaban en su cabeza. Eran ideas llenas de asombro en su mayor parte. No podía creer que aquel petimetre se hubiera tomado tantas molestias por ella.

Miró una vez más el baño que le había preparado y luego el carrito de comida. Era suyo. Solo suyo. Todo un detalle por su parte. Qué hombre tan atento y considerado... No esperaba eso de Thomas Argeneau; ni de nadie, en realidad. No solía esperar nada bueno de la gente, de modo que cualquier gesto amable le sorprendía. Y no cabía la menor duda de que Thomas Argeneau la había sorprendido.

Sacudió la cabeza, reprochándose aquellos pensamientos tan bondadosos. En realidad, apenas conocía a aquel hombre, de manera que aún no debería emitir juicio alguno sobre él. Su prejuicio anterior se basaba únicamente en un encuentro y en el hecho de que las pocas veces en que Bastien Argeneau hablaba de su primo Thomas lo hacía con tono de exasperación en la voz. De la misma forma que lo había juzgado mal injustamente por una impresión fugaz, ahora tampoco podía ponerlo en un pedestal por un detalle caballeroso.

Sin embargo, siguió pensando en lo muy injusta que había sido con él. Dos nimiedades le hicieron suponer que Thomas era el típico pariente rico, malcriado, ocioso, holgazán y desconsiderado. Estaba claro que sacar conclusiones sin conocer a la gente podía ser peligroso, y una completa pérdida de tiempo. Había hecho suposiciones erróneas, y esto la convertía en una verdadera idiota.

Inez se dejó caer en el borde de la bañera soltando un suspiro. Aquel hombre no había ido a Londres a holgazanear, como ella había pensado, sino para buscar a su tía... y parecía contar con su ayuda. ¡Pero a ella solo le habían ordenado recogerlo y llevarlo al hotel! Estaba preguntándose qué debería hacer al respecto cuando de nuevo empezó a sonar un teléfono.

La mujer siguió el sonido hasta la encimera. Su mirada se posó en el móvil que allí se encontraba. Thomas se había olvidado el aparato allí.

Echó un vistazo a la pantalla y se mordió los labios al ver que era Bastien el que estaba llamando. Vaciló un instante, puso las toallas sobre la encimera, cogió el teléfono, lo abrió y se lo llevó al oído mientras se dirigía a la puerta.

—Hola, señor Argeneau. Le habla Inez. Deme un minuto, por favor. Le llevaré a Thomas su teléfono para que pueda usted hablar con él.

—No, no hace falta. No necesito hablar con él. En realidad, quería hablar contigo.

—Ah.

Inez se apoyó contra la puerta en lugar de abrirla.

—¿Thomas te lo ha explicado todo? ¿Se disculpó en mi nombre?

—Sí. —La chica se alejó de la puerta y empezando a dar vueltas por la habitación. Sus pasos resonaban en el suelo de mármol— Sí, por supuesto, se disculpó.

—Ya, pero no creo que lo haya hecho debidamente.

—Bastien hablaba ahora entre dientes.

Inez frunció el ceño al oír estas palabras. Su mirada se deslizó sobre el carrito de comida y luego se dirigió a la bañera rebosante de burbujas. Quizás ella no tuviese toda la culpa de haber hecho tantas suposiciones erróneas. Parecía evidente que Bastien subestimaba a su primo y eso la había condicionado.

—La verdad es que sí se disculpó debidamente.

—Respondió voz firme, sintiendo la necesidad de defender al Argeneau más joven—. Más que debidamente.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Inez vaciló un instante antes de responder.

—Me preparó un baño, pidió al servicio de habitaciones que me trajeran un té y un desayuno completo y me sugirió que me quedara en el cuarto de baño disfrutando

de ambas cosas hasta que me sintiera mejor. Desde luego, ha sido muy amable, señor.

— ¿Te preparó un baño? — Bastien no salía de su asombro.

— Y llamó al servicio de habitaciones — repitió, ahora con tono defensivo, sintiéndose incómoda de repente y deseando haber mantenido la boca cerrada—. Y luego salió a echar una cabezada. Me dejó sola para que yo pudiera disfrutar del baño y de la comida... — Inez no sabía cómo explicarle todo aquello sin que pareciese lo que no era—. Lo más probable es que yo no me dé el baño, desde luego, pero...

— No, no, date un baño. No hay problema. Me sentiré menos culpable por haberte sacado de la cama de esa manera. De todos modos, no creo que podáis empezar a buscar a mi madre ahora mismo. Seguramente Thomas necesita dormir, y además es de día y hay sol. Más vale que te des un baño primero.

— Entonces, ¿usted sí quería que yo le ayudara a buscar a su madre? — Estaba aliviada, alegrándose de haber aclarado aquel asunto.

— Sí, claro que sí. — Bastien hizo un breve silencio, seguido de una maldición—. Olvidé decírtelo, ¿verdad? Madre mía... Lo siento, Inez. Ando algo distraído últimamente. Han estado pasando muchas cosas: Lissianna acaba de tener un hijo, los problemas con Morgan, y luego mi madre desaparece...

Inez alzó las cejas mientras lo oía soltar un largo y tranquilizador resuello. No tenía ni la menor idea de quién era el tal Morgan, pero sabía que Lissianna era su hermana, y conoció a su madre cuando estuvo en Nueva York. Marguerite Argeneau era una mujer hermosa que no parecía... Resultaba muy difícil creer que podía ser la madre de Bastien Argeneau, quien ella pensaba que debía de tener entre veinticinco y treinta años.

El jefe siguió hablando, ahora con tono grave.

— Supongo que te debo otra disculpa. Sé que tienes mucho trabajo, pero quiero que lo dejes todo por el momento y te dediques a ayudar a Thomas a buscar a mi madre.

— Muy bien, estoy a su disposición, por supuesto, pero ¿no sería mejor contratar a un detective privado?

Bastien respondió con cierta impaciencia.

— Ella es un detective privado. Bueno, en realidad no lo es. Acaba de empezar a trabajar como detective, pero Tiny, el hombre con el que está, sí es un detective privado. Y muy bueno, en realidad, pero también ha desaparecido.

— Ya, claro...

— Mira, yo sé que esto no forma parte de tu trabajo, pero todos estamos muy preocupados por mi madre. Thomas conoce muy bien sus costumbres, pero él nunca ha pasado mucho tiempo en Inglaterra. Tú conoces el país muy bien y eres la persona más organizada y meticulosa que yo haya conocido. Creo que, si trabajáis juntos, podréis localizarla. Seguramente lo que ocurre es que está demasiado absorta en el caso y se le ha olvidado llamar.

Bastien no parecía muy convencido de lo que estaba diciendo, pero Inez no puso en duda sus palabras.

— Vale, haré lo que pueda, señor.

— Muy bien... estupendo. De verdad te agradezco que me ayudes en esto, Inez.

— Sí, señor, pero... — Inez vaciló un momento —. Dijo usted algo respecto a Thomas y que es de día, y luce el sol... ¿Él también es alérgico, como usted?

Se movió nerviosamente, incómoda con el repentino silencio que se hizo al otro lado de la línea. Se sintió obligada a seguir hablando.

— Solo lo pregunto porque si lo es, puedo pedir que nos den el coche con ventanillas polarizadas que usa usted cuando está aquí y necesita viajar de día.

Bastien respondió al fin.

—Sí, tiene la misma alergia que yo. Viene de familia, como puedes imaginar. Es buena idea que pidas mi coche para desplazarlos.

—Muy bien.

—Ahora te dejo tomar tu desayuno antes de que se enfríe. ¿Puedes pedirle a Thomas que se ponga al teléfono? Acabo de acordarme de que olvidé decirle una cosa

—Desde luego. Espere un momento.

Inez se dirigió a la puerta, la abrió y salió al pasillo. Atravesó rápidamente el comedor y encontró a Thomas en el salón, sentado en uno de los confidentes situados junto a la chimenea. Parecía estar anotando algo en una carpeta.

—Bastien quiere hablar contigo. —Se acercó a él con el teléfono en la mano.

—Ah, gracias. —No pareció agraderle mucho que lo interrumpieran. Dejó la carpeta en la mesa de centro que se encontraba entre los dos confidentes y cogió el teléfono—. Ahora ve a darte ese baño antes de que el agua se enfríe.

Inez asintió con la cabeza y se alejó de allí, pero no antes de echarle un curioso vistazo a la carpeta y ver que no había escrito nada en absoluto, o al menos no había escrito ninguna palabra. En la carpeta había partituras musicales, notas trazadas en negrita. ¡Estaba escribiendo música!

En eso iba pensando la joven mientras atravesaba la habitación para dirigirse a la puerta oyendo distraídamente cómo Thomas saludaba a su primo con un tono de voz que revelaba impaciencia e irritación. Ella acababa de entrar en el comedor cuando Thomas soltó un grito.

—¿Qué?

Inez volvió a entrar en el salón con expresión de gran inquietud en el rostro. Thomas, al verla tan alarmada, se retiró el teléfono del oído y se lo llevó al pecho.

—Tranquila, simplemente acaba de decirme algo que me ha sorprendido. Venga, ve a darte el baño, que no pasa nada.

Inez vaciló un instante. No se creyó aquella explicación. El tono de su voz no había sido de sorpresa, sino de indignación, o quizás incluso de horror. Pero seguía haciéndole señas para que se fuera. Era evidente que quería tener privacidad para hablar por teléfono, de modo que se volvió para regresar al cuarto de baño.

Ciertamente, no era asunto suyo, se dijo Inez mientras atravesaba el comedor. Además, era cierto que el agua se le enfriaría si no se daba prisa. Bastien le había pedido que se diera el baño y lo disfrutara, y él era el jefe. Una sonrisa afloró a sus labios. Desayuno en el baño... ¡Qué maravillosamente chic, qué decadente!